

RECUERDOS DE MADERA

- PRUNUS DULCIS -

Abandonó el viejo palomar y a sus inquilinas. Vendió la casa y se marchó a la ciudad: era momento de dejar la serranía. Las despedidas se hacían notar en un pueblo tan pequeño. Los corrillos de la plaza cada vez tenían menos voces y el número de parroquianos en la partida o en misa bajaba como la temperatura al llegar la noche. El viejo palomar se fue haciendo añicos mientras el pueblo continuaba su colección de cielos lentos. Los campos de mimbre, año tras año, avisaban con sus colores que había llegado el frío.

Pasaron muchos inviernos hasta que Antonio y Ernesto descubrieron el secreto. Los mayores del pueblo habían cercado el palomar. Decían que era para que ningún crío anduviera por allí el día en que le diera por derrumbarse. Antonio tenía diez recién cumplidos y Ernesto apenas dos meses más. En un pueblo sin mucho que hacer, prohibir que los niños se acercasen a un lugar era motivo suficiente para que ingeniasen la manera de hacerlo. Aprovechaban las horas de la siesta. Los adultos se entregaban al descanso y, entre quedarse en casa sin hacer ruido o salir a la calle, la segunda opción siempre resultaba más apetitosa. Saltar la valla era la parte sencilla. Fue más costoso encontrar la entrada al palomar. La puerta estaba sellada con una cadena y romperla les hubiera delatado. Las maderas caídas no dejaban espacio suficiente para colarse entre sus huecos. Por suerte, para ninguno de los dos pasó desapercibida la losa que había a escasos metros. Fue una tarde de marzo cuando intentaron moverla. Anclaron sus pies en tierra y estiraron sus pequeños cuerpos para desplazarla unos centímetros. Iban a necesitar toda la tarde y el tiempo de siesta llegaba a su fin. Al día siguiente Antonio llegó con unos tablones que facilitaron la tarea. La losa se movió, y ante sus ojos y los de Ernesto se abrió un nuevo mundo. El pasadizo era estrecho y oscuro. Dieron un salto, después se arrastraron unos pocos metros. Olía a humedad y a raíces. Las manos de Ernesto palparon el final del túnel. Estaban dentro del palomar.

Se convirtió en su guarida secreta. Durante las primeras semanas llevaban cómics y cuentos. Eran fanáticos de las historias de aventuras y, desde su refugio, se imaginaban protagonistas de aquellas páginas. Nadie les veía desde su escondrijo. Podían hacer lo que quisieran. Sentían que también ellos tenían superpoderes. Una tarde, Antonio llevó unos cigarrillos que había encontrado en el abrigo de su padre. El eco de las risas y de las toses que se escucharon aquel día quedó prendido en sus ropas. También el olor a madera vieja y a tabaco. De regreso a sus casas, el aroma entró con ellos. Sintieron la mirada de los padres. Era firme, pero solo era una mirada. Ninguna palabra salió de sus labios. En otra ocasión, Ernesto agarró la revista que su padre escondía entre los jerséis. Para que no le descubrieran envolvió el bocadillo de atún con la revista y la apretó bajo el brazo. El camino hasta el palomar se le hizo eterno. Una vez en la oscuridad del refugio recorrieron sus páginas repletas de fotografías como nunca antes habían visto. Tuvieron que dilatar las pupilas para conseguir que aquellos enormes pechos entrasen en sus diminutos ojos. Al llegar a casa, sus rostros todavía mostraban el asombro de aquel que acaba de descubrir el mundo. Los padres contemplaron aquellas pupilas con detenimiento. De nuevo, el silencio fue toda su respuesta. Muchas tardes pasaban las horas sin más. Veían la vida a través de los huecos que dejaban los tablones de madera. Esperaban a que los adultos se despertasen de la siesta y deambularan por las calles. Desde su privilegiada posición conocían los movimientos de todo el pueblo sin que el pueblo pudiera intuir los suyos. A quien más disfrutaban vigilando era a don Ramón, el cura. Sus pasos rápidos quedaban escondidos bajo la sotana y, en lugar de caminar, parecía que flotase. Desde la invisibilidad de su escondite y con el permanente temor a ser cazados le gritaban «¡Ramón, mamón!» y acto seguido se agazapaban sobre sus cuerpos quedando hechos un ovillo. Aunque sabían que no podían ser vistos, no podían ocultar un escalofrío cuando don Ramón miraba con gesto inquisitivo al palomar. Solo respiraban aliviados al comprobar que recobraba su marcha como si nada hubiera sucedido. Fue una tarde calurosa, a punto de empezar el verano, cuando Antonio y Ernesto abrieron las puertas de su guarida. La visita bien lo merecía. Inés era flaquita y algo tímida. Sole tenía una sonrisa constante y el pelo rizado. Se dejaron ayudar para subir la valla y entre los cuatro movieron la pesada losa. El pasadizo se mostraba más oscuro que nunca. Y más sugerente. La tarde sucedía en un palomar sin relojes. Antonio y Ernesto sabían que los segundos que se escapaban eran horas. La vida entera. El violeta del cielo se marchaba. Oscurecía su tono. Era ahora o nunca. Fue entonces cuando, entre titubeos, nervios y oscuridad, Antonio y Ernesto se dieron su primer beso.

Apenas un segundo después se escuchó un «¡Ay, madre!» y una orquesta de risas inundó el viejo palomar. La oscuridad y los nervios les habían puesto el descuido en bandeja. Cuando las risas menguaron, los jóvenes corazones tomaron aire. Inés besó a Antonio. Sole a Ernesto. Recorrieron las calles del pueblo con una sonrisa que no necesitaba presentaciones. Cuando llegaron a casa, hasta a Sole, que siempre correteaba con su risa constante, se le notaba que acaba de dar su primer beso. Había un motivo para que los padres, tampoco esta vez, dijeran nada. Todo se debía a una cuestión genealógica y al deseo de compartir un mismo secreto. Antes que padres habían sido hijos y los rincones del pueblo eran los mismos para todos. También ellos conocían la manera exacta de colarse en el viejo palomar. Era uno de aquellos secretos que nadie podía contar pero que todos conocían. Un secreto que pertenecía a los niños y que, llegado el momento, había que dejar en manos de los que venían detrás.

El pueblo acumuló atardeceres y estaciones. Antonio y Ernesto se convirtieron en unos ancianos como los que observaban deambular, pasada la hora de la siesta, entre las lamas de madera del palomar. Las calles de su pueblo continuaban siendo sus calles. Cambiaban los tiempos. El pueblo permanecía.

Llegaron un sábado a media tarde. El matrimonio era joven y rezumaba aires de capital. Unas escrituras le habían llevado al pueblo. Según estas, la familia disponía de un terreno que nunca había sido reclamado y que perteneció a algún familiar lejano en todos los sentidos. Para los habitantes del pueblo saber de qué terreno se trataba era tan sencillo como mirar al cielo y advertir si llovería o no esa semana. El matrimonio visitó el terreno. Algo se podría hacer. Quizá construir una pequeña casa donde pasar el verano. Daba la impresión de que el pueblo era fresco aun en la estación estival. Ahora, para hacerlo deberían tirar ese montón de madera vieja, esa caseta o lo que fuera. En apenas dos semanas una pequeña grúa llegó del pueblo vecino. Cuando subió la pronunciada cuesta que daba a la plaza los vecinos esperaban en silencio. Caminaron tras ella como si se tratase de una procesión funeraria tras el muerto. En ese instante comprendieron que solo quien comparte un silencio puede compartir un secreto. Ernesto se quedó en casa. No vio cómo la grúa pasaba por encima de la valla, ni cómo ignoraba la losa y su pasadizo. Del ruido no pudo escapar. La madera vieja chocando contra el

suelo resonó en todo el pueblo. Se coló entre el mutismo de los vecinos. El chasquido de madera quebrada sonó dos veces en casa de Ernesto: en su salón y en su cabeza. Primero fue el eco del viejo palomar. Después, un cajón de su recuerdo. Ernesto imaginaba su historia alojada en pequeños compartimentos de su mente. Los días eternos del verano, las tardías lluvias de mayo y el olor de las tomateras. Aquel golpe todo lo cambiaba. El viejo palomar tirado. Vacío. El cajón de su recuerdo abierto bruscamente hasta caer al suelo. Hasta romperse. Hasta astillarse en mil pedazos.

Los médicos no entendían por qué el paciente perdía capacidades motóricas y de la comunicación. Sus libros de consulta no contaban por qué desaparecían sus recuerdos de repente. En ninguno de sus vademécums hablaban de astillas diminutas. Invisibles. Cómo suponer que un minúsculo trozo de madera podía dañar de forma permanente una parte de su cerebro.

Ernesto ha olvidado quién era, pero Antonio sabe que Ernesto sigue siendo. Por eso le visita cada día. Llega a eso de las seis de la tarde cuando se despierta de la siesta. La mujer de Ernesto le invita a pasar y le ofrece su sitio de siempre junto a la mecedora. Su silla es de madera. La mecedora de Ernesto es de mimbre trabajado a mano en el pueblo. Ha perdido fondo de sostener los años. Ernesto recibe a Antonio con gesto serio. «¿Quién eres?», «¿qué quieres?», suele preguntarle. A veces le pide que se vaya. Le grita. Antonio le mira como siempre. Coge aire y esboza una sonrisa. Parece que esté a punto de iniciar un juego. Su amigo siempre fue un enamorado de las historias de aventuras y de los cuentos. Solo existe una manera de que atienda. Antonio se acomoda en el asiento, aclara la voz y sus palabras se instalan lentas en el salón. «Había una vez...». Con solo pronunciar aquellas tres palabras, el cuerpo cansado de Ernesto se inclina levemente. Quiere saber qué historia guarda aquel desconocido. Antonio habla sin prisa. Le cuenta que *había una vez dos muchachos con superpoderes que vivían en un lugar perdido y alejado del mundo. Tenían una guarida secreta. Un rincón que nadie conocía y en el que tramaban sus planes y travesuras. El camino para llegar allí no era sencillo: debían sortear el alambre de unas vallas, mover una pesada losa y arrastrarse por un túnel subterráneo con olor a raíces y a tierra mojada. Una vez dentro se volvían invisibles a los ojos de los demás y podían hacer tanto como quisieran. Allí, por*

ejemplo, probaron sus primeros cigarrillos entre humo, risas y toses. Antonio detiene su historia. Observa cómo Ernesto cierra los ojos y aspira hondo. El sabor de un celtas recorre su garganta. Lo paladea. Antonio, entonces, continúa. Aquellos dos muchachos eran capaces de conseguir objetos de valor guardados como tesoros. Caminaban por las calles con ellos camuflados para pasar desapercibidos. Objetos como revistas que llevaban a la guarida y que contemplaban con sorpresa y fascinación. A Antonio le gusta recalcar la palabra «fascinación» mientras mira a su amigo. Las pupilas de Ernesto se dilatan. Intentan dejar paso al recuerdo de aquellos enormes pechos para que entren en sus hoy todavía diminutos ojos. Desde su guarida, los muchachos veían al mundo pero el mundo no podía verles. Observaban a la gente subir y bajar, en especial a uno que vestía de negro ¡y que flotaba! «¡Ramón, mamón!» le decían para bajarlo a tierra. Y Ernesto, como si fuera un reflejo, se cubre el rostro con sus manos por el temor a ser descubierto. Un día, arrebataron de los brazos de sus padres a sus dos amadas y consiguieron llevarlas a su escondite. Y entre la oscuridad, los titubeos y los nervios, los dos muchachos... se dieron su primer beso. En el salón de Ernesto se escucha un «¡Ay, madre!» acompañado de un coro de risas breve. Antonio le dice que solo fue un error de cálculo, que los dos muchachos, al instante, recibían el beso de sus amadas. Inés besó a Antonio y Sole a Ernesto. Soledad, en la cocina, deja lo que anda haciendo y se apoya sobre la puerta que da al salón. Escucha el final de la historia. Ernesto, que lo ha olvidado todo, por un momento se olvida de olvidar. Sonríe. Se imagina siendo un niño como el de aquel relato y siente envidia de ese muchacho que recibe el amor de su amada. Ernesto no sabe que ella está apenas a unos pasos, al otro lado de la puerta, compartiendo el mismo recuerdo y la misma sonrisa en los labios.

En la historia que Antonio cuenta no existe lugar para el engaño. Jamás mentiría a su amigo. Incluso, es cierto que aquellos dos muchachos tienen superpoderes. Antonio tiene el superpoder de que cada día, esté cansado o haga frío, va a visitar a Ernesto. Y cada día le cuenta la misma historia. Sobre la mecedora, un cuerpo se llena de recuerdos y, por un momento, Antonio detiene el tiempo. El superpoder de su amigo es un tanto diferente. Y es que, a pesar de las dolencias y los diagnósticos, a pesar de la tristeza y el olvido, cada día Ernesto es capaz de dar su primer beso.